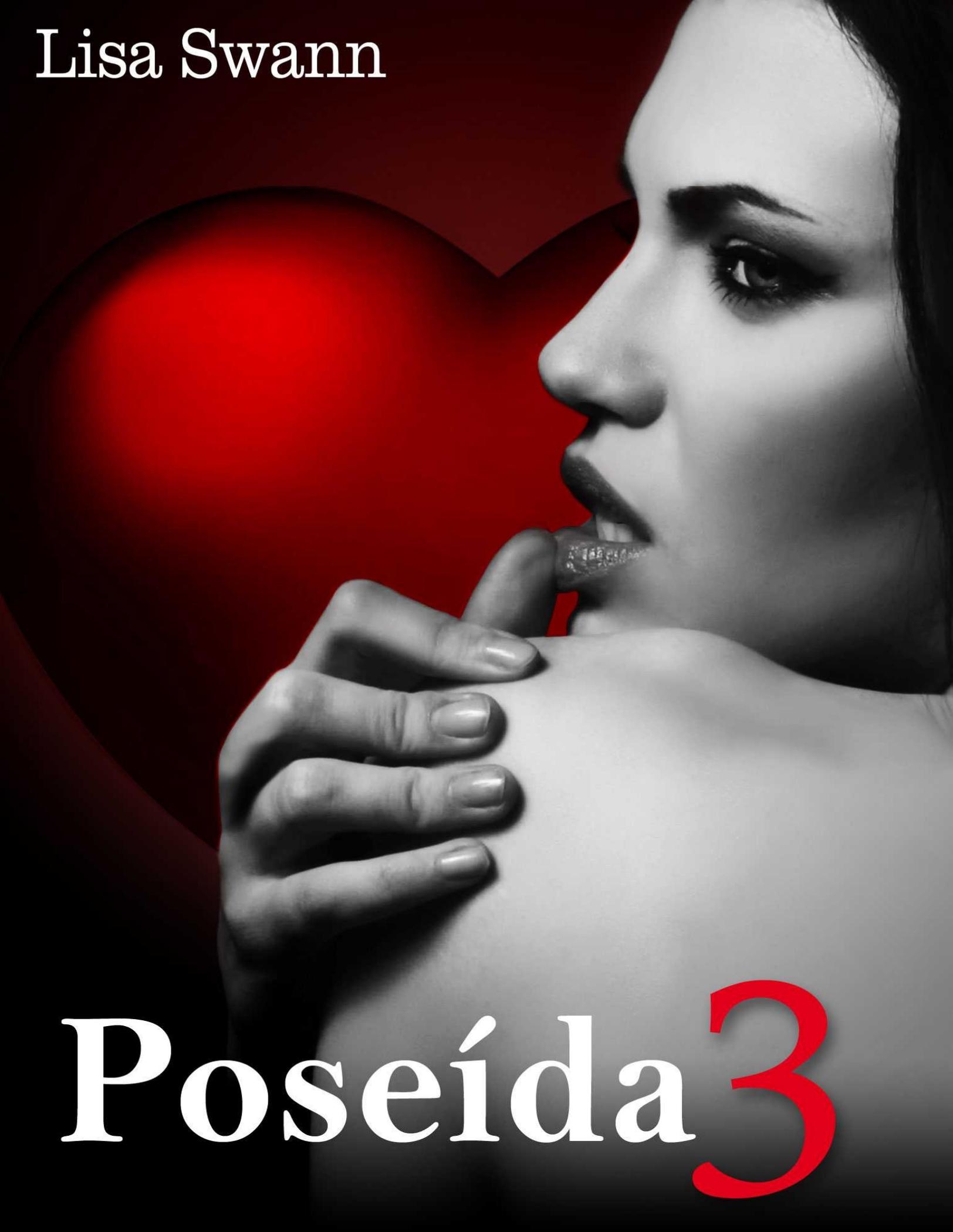


Lisa Swann

A black and white photograph of a woman's face in profile, looking to the left. Her hand is raised to her mouth, with her fingers resting against her lips. The background is a dark red color with a large, glowing red heart shape. The overall mood is romantic and sensual.

Poseída 3

Lisa Swann

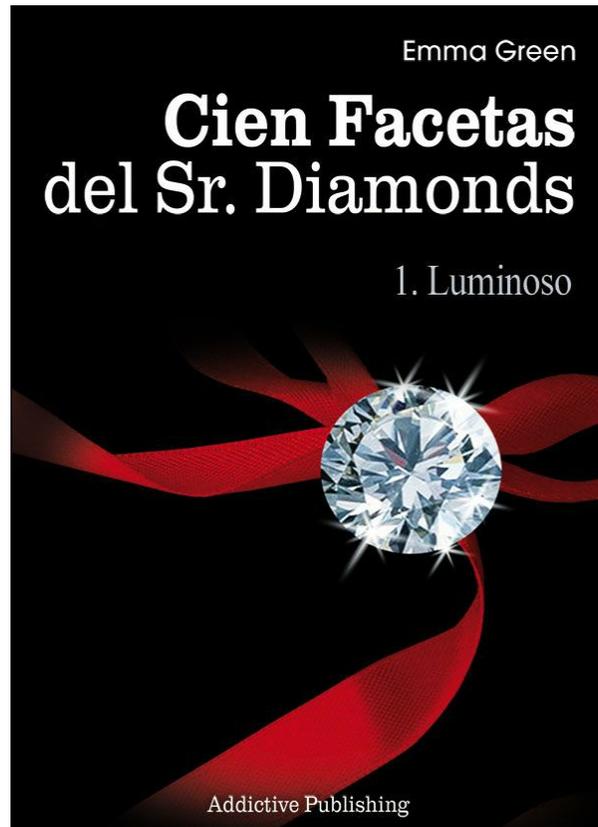


Poseída 3

En la biblioteca:

Cien Facetas del Sr. Diamonds - vol. 1 Luminoso

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



Lisa Swann

POSEÍDA

Volumen 3

En la biblioteca:

Toda suya volumen 1

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



1. Grandeza y decadencia

¿Hong Kong? ¿Hong Kong? Esas dos palabras me daban vueltas y más vueltas en la cabeza. ¡Se había ido! Sin previo aviso, sin una palabra, sin una señal... Me hice un ovillo en el cómodo sillón de la suite. Toda esa historia me tenía agotada, al borde del ataque de nervios.

Mecánicamente, observé la lujosa habitación que servía de telón de fondo a mi despecho. ¡Me había reservado una suite! Como de costumbre, todo era extremadamente cómodo y lujoso: una televisión gigantesca ocupaba la mitad de una pared, había una pequeña sala de estar con un enorme ventanal que daba a Central Park y, un poco más lejos, estaba el dormitorio, finamente decorado y presidido por la cama. Sobre una mesa, una cesta cargada de frutas exóticas hacía la función de regalo de bienvenida. *Puede metérsela por donde le quepa, esta suite*, me decía a mí misma, ardiendo de rabia por dentro.

Ya no entendía nada.

Unas horas antes estaba en sus brazos, había llevado todas mis cosas de vuelta a su casa y me había propuesto un puesto de trabajo que no podía rechazar, visto que mis planes de trabajar en Courcelles Inversiones se habían ido a pique... Estaba en una nube, lo tenía todo: trabajo, el hombre más guapo del mundo y... puf, había desaparecido. Sin más. Me había enviado a su chófer para que me llevara a la suite que me había alquilado en un hotel súper elegante. Cero explicaciones. Nada. *Rien de rien*.

Lancé mis bailarinas a la otra punta de la habitación. Jamás un hombre me había alterado tanto. Tampoco me había entregado tanto a ninguno, ¿y qué era lo que obtenía? ¡Una nueva humillación! Pero, ¿qué era lo que realmente quería él? ¿Por qué había venido a recogerme a casa de la tía de Jess si iba a pasar de mí otra vez? ¿Cuándo iba a dejar de jugar con mis nervios? ¿O tal vez tenía una buena excusa? No, imposible. Si había tenido

tiempo para reservar la suite y enviar a Steven, también habría tenido tiempo de sobra para llamarme. Miré de nuevo la pantalla de mi teléfono móvil... Ninguna llamada.

Me puse a dar vueltas por la habitación frenéticamente, como un león enjaulado. Ya no sabía ni qué hacer. ¿Esperar en silencio a que diera señales de vida? ¿No hacer preguntas? ¿Sufrir? No, eso era más de lo que podía soportar.

Pero, ¿por qué se comporta así? ¿Para castigarme por haber huido? ¿Para demostrarme que es él quien lleva las riendas? ¿O es que, simplemente, le importo tan poco que es normal para él irse así...?

Cuando se me acabaron los argumentos, decidí ir a darme una ducha en el suntuoso baño. No tendría las cosas claras en la cabeza, pero al menos me sentiría limpia y relajada físicamente. Me enjaboné repasando las mismas partes de mi anatomía que Sasha había explorado anteriormente, ese mismo día. Me estremecí ante los recuerdos, aunque en parte me resultarían dolorosos. *¿Cómo era posible que, tan solo unas horas antes, la unión de nuestros cuerpos nos hubiera llevado a los dos a un éxtasis sin precedentes? ¿Sería él capaz de dejarse llevar así sin un mínimo de sentimientos hacia mí? Cuántas preguntas y ninguna respuesta... ¿Y si me fuera? ¿Y si volviera a París inmediatamente? No. Ya no podía marcharme. No así. Aún no. No sin una explicación.*

Decidí darme tiempo, al menos hasta el día siguiente, para tomar una decisión. Estaba cansada y angustiada, no era capaz de pensar con claridad. Después de todo, tal vez haya tenido una buena razón para irse sin avisarme. Quizás él también esté sufriendo, solo en su habitación de hotel... ¿Y si le llamara? Um... No. Mala idea. No vaya a pensar que me tiene comiendo de su mano...

Me sequé rápidamente y decidí que me iría a trabajar. Después de todo, tenía un nuevo empleo (en principio) y estaba en juego un gran paso para mi carrera. No quería echarlo todo a perder por una historia sentimental, por muy intensa y complicada que fuera.

Cogí una cola light de la nevera (No tengo que pagarla yo, pensé) y me instalé en la pequeña sala de estar con el portátil sobre las rodillas. Empecé mirando los últimos estudios sobre la salud económica del mercado asiático y los sectores más prometedores... pero enseguida escribí, casi de manera inconsciente, el nombre de Sasha en el motor de búsqueda.

Su trayectoria, sus obras de caridad, su empresa... Encontré muchos más documentos que le mencionaban de lo que hubiera imaginado. Luego hice clic en "Imágenes".

No debería haberlo hecho.

No había ni una sola foto en la que apareciera él solo. Su vida era la comidilla diaria de la prensa rosa a raíz de sus múltiples conquistas. Salía siempre acompañado: rubias, morenas, castañas... ¡No era un hombre nada difícil, al parecer! No obstante, no vi a ninguna pelirroja, ¡podía presumir de ser la primera! Sus acompañantes eran a cada cual más bella que la anterior. Había salido con todas estas chicas, se había dejado fotografiar con ellas. Me subió un nudo a la garganta. *¿Las habría dejado plantadas en una suite de lujo?*, me pregunté. Se me llenaron los ojos de lágrimas sin querer. Bajé la página. Natalia salía en varias imágenes. No pude evitar hacer una mueca de disgusto. Una rubia despampanante aparecía también a menudo. Hice clic en una imagen para saber algo más: era la hija de un magnate del petróleo riquísimo de Texas. *¿Habrá encontrado Sasha Goodman finalmente el amor?* preguntaba una revista, insistiendo en que los dos tortolitos parecían muy enamorados. Volví a la página de imágenes e hice clic sobre una nueva foto de Sasha con la rubia. Ella estaba bellísima y él irradiaba luz. No era para nada el Sasha que a veces me parecía hermético y gélido. En ese caso, el artículo no hablaba específicamente de ellos, solo había un pie de foto. La imagen había sido tomada en una gala benéfica: *Sacha Goodman y su prometida, Allisson Green, hija de Bob Green*. ¿Su prometida? ¿Qué historia era esa? ¿Estaba prometido, casado quizás? ¿El loft era una especie de apartamento de soltero, un picadero?

Sin hacerme más preguntas ni tratar de entender mejor la situación, cerré de golpe el portátil.

Suficiente. Ya había tenido bastante. No le iba a permitir que siguiera

haciéndome sufrir.

En ese mismo momento, mi móvil vibró y empezó a sonar. El nombre de *Sacha* se iluminó en la pantalla.

Presa de una rabia loca, cogí el teléfono y lo lancé contra la pared. Se hizo pedazos y cayó al suelo, mudo. Ya no sonaba. Caí rendida en la cama llorando y seguí sollozando desconsoladamente hasta que me quedé dormida, agotada por tantas emociones.

Me despertó una melodía estridente. Abrí un ojo. Era de día. Descolgué el teléfono de la mesita de noche por reflejo, aún dormida, y susurré un “hola” al auricular.

—¡Liz, joder! ¿Por qué no contestas el teléfono móvil? ¡Sale el buzón de voz, te he llamado decenas de veces! ¡Quiero poder contactar contigo en todo momento!

Era Sasha, obviamente; muy cabreado. Me senté de golpe en la cama. Su voz, llena de ira, me hizo el efecto de una ducha fría.

—¿Pero estás de broma o qué? —le grité al teléfono—. ¿Por qué sale el buzón de voz? ¿Y por qué te has ido sin avisar? ¿Eh?

—Ajá, así que es eso... —parecía regodearse al otro extremo de la línea—. ¿Estás enfadada? ¿Lo entiendes ahora?

—¿Qué si lo entiendo? No, no entiendo nada de nada...

—Pues deberías. Te acabo de demostrar lo que puede suponer para la otra persona cuando te comportas como una niña pequeña, señorita Lanvin... Y a diferencia de ti, yo te llamé ayer por la noche... ¡pero no contestaste!

—No necesito que me des lecciones, Sacha. Ya me disculpé por lo de la otra vez, ¿qué más quieres? Ni que estuviéramos en el colegio...

—¡Es verdad! Lo asumo por completo, pero necesitas recibir algunas lecciones de comportamiento, señorita... y tengo la intención de darte algunas clases particulares... um... MUY particulares... ¡Quiero domar tu lado salvaje!

Su voz había adquirido un tono muy distinto... tremendamente cálido y sensual. *Voilà*, ¡ya me había ganado! Abandoné todas mis ganas de pelear, de enfrentarme a él, de hacérselas pagar... Simplemente, me dejé llevar por el alivio que me produjo su llamada, de que nuestra historia no se hubiera terminado aún. No necesitaba nada más por el momento. La certeza de que iba a poder acurrucarme en sus brazos de un momento a otro era suficiente para hacerme bajar la guardia. Me había equivocado, sin duda.

—No necesito lecciones —le dije en un tono repleto de insinuaciones—. Además, yo también podría darte alguna, ten cuidado...

—Um... Creo que eso me podría gustar... Tú dominándome... ¡Pero luego! Por ahora, date prisa en hacer las maletas, ¡tu avión a Hong Kong despega en dos horas!

—¿Qué? Eh, quiero decir, ¿perdona? ¿Hong Kong? ¿Dos horas? Pero no es posible, ni siquiera me he levantado...

—¡Si hubieras contestado el teléfono ayer, habrías podido organizarte con tiempo!

Increíble: se las había arreglado una vez más para dejarme sin palabras.

—Pero, eh, espera... No... No puedo...

—Vamos, date prisa —susurró—, te esperamos en Hong Kong, vamos a reunirnos con clientes potenciales. No querrás recibir ya una bronca nada más asumir tus nuevas funciones, ¿no?

—¿Mis nuevas funciones? Pero yo no he dicho todavía que haya aceptado...

—¿Rechazas el trabajo? —me cortó bruscamente.

—No, no, por supuesto que no...

Genial, yo que quería haberle dado un poco de suspense y teatralidad... Había vuelto a fallar.

—Pues entonces tienes que coger un vuelo de aquí a dos horas.

Y colgó. Casi a la vez, alguien llamó a la puerta. ¡Dios mío, cuántas novedades! En mi cabeza, en mi vida, en esa suite... Todo, absolutamente todo, eran sorpresas, cambios y preguntas. Sentía vértigo, parecía que nunca tenía tiempo de ordenar mis ideas.

Era Steven, que me preguntó si ya estaba lista: teníamos que partir sin demora hacia el aeropuerto.

¿Lista? ¡No, por supuesto! ¡Todavía estaba en pijama! No tuve tiempo ni para darme una ducha, agarré lo primero que vi y metí lo que pude en la maleta, que afortunadamente no había deshecho el día anterior...

Corrí al cuarto baño, me lavé los dientes rápidamente y recogí mis cosas. Salí y me apresuré para seguir el ritmo de Steven. No podía perder ese avión.

El aeropuerto, el vuelo, el aterrizaje... Todo pasó en un instante. Mejor así. Dormí durante todo el trayecto, lo que me impidió volver a hacerme una y otra vez las mismas preguntas acerca de Sasha: ¿Por qué no soltaba prenda sobre su vida? ¿Quién era esa rubia? ¿Qué relación tenía exactamente con Natalia? ¿Estaba casado, acaso? No, por favor... Pero, sobre todo, ¿qué lugar ocupaba yo en toda esa historia? Sabía de sobra que no podía competir con todas esas mujeres (¡y no pocas, al parecer!) que habían pasado por su vida. Eso era lo que más me hacía sufrir. Cada vez que lo pensaba, el dolor era como una puñalada. ¿Sería solo una amante para él? Una muchachita pizpireta a la que tenía que esconder... No esperaba que formalizara nuestra “relación” —si es que podíamos hablar de relación—, no era eso lo que yo quería o necesitaba, pero la idea de ser una más de su lista me resultaba atrozmente dolorosa. No podría soportar ser un plato de segunda mesa o una historia pasajera. No.

Cuando llegué a Hong Kong, ni siquiera me tomé la molestia de pasar por el baño a arreglarme antes de salir del aeropuerto. Di por hecho que habría enviado a uno de sus empleados para “darme la bienvenida”, así que me dije que no había por qué preocuparse, que ya tendría un montón de tiempo para asearme y cambiarme en el hotel...

Y seguí empujando mi carrito portaequipaje hacia la salida. Me dieron ganas de morirme (y de paso caer sobre dicho carrito) cuando divisé su alta figura, que se distinguía de la multitud que había ido a recibir a los pasajeros.

Oh, Dios mío... ¡Parecía una pordiosera! Ni siquiera había tenido tiempo de ducharme antes de salir... Empecé a sudar y a sonrojarme al mismo tiempo, tratando desesperadamente de hacerme diminuta. Lancé una mirada a derecha y a izquierda, evitando cuidadosamente su dirección, por supuesto. Llegué a convencerme de que, quizás, si lo deseaba con todas mis fuerzas, lograría desaparecer por completo bajo el carrito...

¡Tierra, trágame!

Me dio un ataque de nervios y decidí dar la vuelta, como si me hubiera olvidado algo, cualquier excusa para volver al baño...

—¿Liz? ¿Liz? ¡Hey! ¿Estás ciega o qué? ¿Algún problema?

La estatura de Sasha resultaba imponente. Fijó sus ojos de jade en mi rostro enrojecido y arqueó una ceja, lo cual intensificó su expresión interrogante, de curiosidad.

—Ah, no, eh... Lo siento... Es que pensé... Bueno, no pensé que vendrías en persona... Me habría... No sé... Refrescado, sí, eso, refrescado... Si hubiera sabido que... ibas a estar aquí...

Su carcajada atravesó el vestíbulo del aeropuerto como un cohete y yo me sobresalté.

—Liz, de verdad que eres... Eh, cómo decirlo... divertidísima, eso, divertidísima... —dijo burlonamente, agarrándome por los hombros.

Me sonrojé aún más, sintiéndome horrorosamente ridícula, aparte de verme horrorosa y punto.

Me besó en la frente, con muchísimo pudor. Estaba visto que, para las grandes efusiones, tendría que esperar... Sacha dio un paso atrás, agarró mi carrito y exclamó alegremente:

—¡En marcha, nos vamos al hotel, creo que necesitas un buen baño!

Cruzamos una parte de la ciudad en taxi. Hacía bochorno, yo mantenía mi distancia en el asiento de atrás, empapada en sudor, y Sacha tampoco

buscó el contacto: estaba ocupado hablando por teléfono con un cliente. Con los ojos abiertos como platos, devoré cada minuto del espectáculo urbano nocturno. La ciudad estaba repleta de hombres y mujeres que deambulaban de un lado a otro como hormigas en busca de azúcar y carteles luminosos colgados por todos los rincones en paredes y fachadas, a modo de guirnalda de fuego o serpiente deslumbrante, que no permitía a la ciudad conocer realmente la oscuridad de la noche. Estaba asombrada, abrumada por el espectáculo que se ofrecía ante mis ojos. Hong Kong no se parecía nada a Nueva York. Hong Kong era único.

El taxi se detuvo y tuve que salir del asiento trasero casi a regañadientes. Sacha se despidió de su cliente por teléfono. Estaba muerta de cansancio, entre el viaje, el jet lag y todo lo demás, pero no quería perderme ni un detalle de aquella nueva aventura.

Un portero nos abrió la puerta y entramos a un vestíbulo enorme todo decorado de mármol y vidrieras, sin duda uno de los establecimientos más lujosos de la ciudad. Sasha me condujo hasta el ascensor; en todo momento nos acompañaba el portero, que llevaba mi equipaje. En la cabina, aunque parecía imperturbable, Sacha deslizó una mano debajo de mi camiseta. Recibí una descarga eléctrica al contacto con la palma de su mano. No pude evitar que mis pechos se pusieran erectos, de lo que Sacha se dio cuenta de inmediato, por supuesto. ¿Sacha, un ascensor y yo? ¡Estaba claro que aquella situación siempre me producía un efecto verdaderamente explosivo!

Como preveía, la suite era muy elegante, de estilo moderno y con un lujo nada ostentoso. Una maravilla. Me sentí como en casa de inmediato y me dirigí en silencio al enorme ventanal con vistas al mar. Era noche cerrada y parecía que el mar respirara, irradiando los reflejos de la ciudad. La noche se anunciaba llena de promesas.

2. Discusión en el último piso

Me desperté en la suite del hotel, bañada por la luz del día, y me estiré lentamente. Aún sentía en la piel el calor de los besos de mi amante. Sentada en la cama, podía ver el ballet de los barcos a través de la bahía y la inmensidad de los edificios en la otra orilla. ¡Qué ciudad! Después de Nueva York y Hong Kong, ¿a qué nueva megalópolis me llevaría Sasha? Me di cuenta de que no estaba, se había ido, al parecer... Recorrí la habitación con los ojos todavía entrecerrados por el sueño. ¡Vaya, se había marchado, sin duda! Salí con esfuerzo de la cama, me puse el kimono de seda que estaba colocado sobre el sillón y me acerqué al enorme ventanal para disfrutar mejor de la vista. ¿Qué hora sería? ¿Las ocho, quizás más tarde? No lo sabía. No llevaba reloj, así que me dirigí a mi mochila, apoyada sobre una cómoda en la entrada, para recuperar mi móvil. ¡Sin batería! Genial... Busqué con la mirada un enchufe y vi un pedazo de papel escrito sobre la cómoda, con una letra muy rectilínea. ¡Sasha! Habría reconocido su letra en un millón. ¡Era tan perfecta como él!

Liz:

Te he reservado la habitación en frente de la suite, tus cosas te esperan allí. Está abierta, encontrarás la llave en la entrada. Acomódate.

Tengo una reunión privada esta mañana, pero te espero a las diez y media en punto en la sala 108 del centro de congresos, a dos calles del hotel.

Lleva tus notas del caso N. Ruppert.

Sobre todo, no llegues tarde.

S.

Me quedé con el papel en las manos, inmóvil, durante algunos segundos. La cabeza me daba vueltas. Podía escuchar los latidos desbocados de mi corazón en el pecho.

Bueno, en resumen:

1- Me echaba de la suite. Bueno, vale. Tenía una habitación enfrente, me convenía tener cierta independencia... pero bueno, de todos modos, me había echado. Habría preferido ser YO MISMA quien le hubiera dicho que prefería una habitación para mí (pero no lo hubiera hecho, para ser sincera).

2- Quería mis notas sobre el caso Ruppert... ¿Para qué? Era verdad que había trabajado en ese caso durante los días antes de mi llegada a Hong Kong, pero estaba muy, muy lejos aún de dominar todos sus entresijos. ¿Qué era lo que quería de mí exactamente? Tenía muy presente que Sasha, además de ser el hombre más extraordinario en la cama que jamás hubiera conocido, ¡también se había convertido en mi jefe! No podía presentarme sin el dossier... ¡Madre mía, qué estrés! Además, el caso en cuestión no era moco de pavo precisamente: Nicolas Ruppert, un tejano que había hecho fortuna con la agricultura, quería diversificar sus actividades y estaba muy interesado en el mercado chino, sobre todo desde su matrimonio con una chica de una familia de nuevos ricos de Hong Kong —veinticinco años menor que él, por cierto. Ruppert había encargado a Goodman & Brown que le encontraran algo en lo que invertir unos cuantos millones de dólares. Si Goodman & Brown conseguía un buen negocio para Ruppert, tenían asegurado que otros multimillonarios recurrirían al bufete de abogados de Nueva York. La empresa apostaba fuerte con ese caso. Yo lo había estudiado un poco, pero no pensaba que Sasha quisiera trabajar en él durante ese viaje... No solo Goodman & Brown se jugaba mucho, yo también. Mis notas, ¿dónde estaban mis notas? Tenía que actuar con rapidez antes de la reunión...

3- ¿Puntualidad en la reunión? Pero, ¿qué hora era? Encendí el móvil, que acababa de poner a cargar. Las nueve y media... ¡Uf! Y el centro de congresos estaba a dos calles. ¿Dos calles? ¡Nunca antes había estado en Hong Kong! Era una trampa, estaba segura. Lo hacía adrede para ponerme a prueba, para asustarme, para llevarme al límite, como siempre, en todos los niveles... No podía dejarme llevar por el pánico.

Abrí mi ordenador portátil y en dos o tres clics encontré el centro de congresos en cuestión. Un vistazo al teléfono: las diez menos cuarto. Agarré mi mochila, la llave y el móvil, me anudé fuerte el kimono, apoyé el ordenador sobre una cadera y atravesé el pasillo como una loca. No tuve tiempo de fijarme en cómo era “mi” habitación, mi maleta estaba allí, esperándome. Cogí un traje de pantalón, una blusa y mis cosas, y me fui pitando a la ducha.

En menos de lo que se tarda en decirlo, ¡ya estaba lista! Bueno, no es que tuviera un aspecto espectacular, pero, después de todo, lo importante era parecer profesional, ¿no? Me até la melena roja en un moño discreto. Debía aparentar, al menos, mi edad (algo más tampoco me habría ido mal), si quería que me tomaran en serio.

Cogí mi dossier del caso, mi ordenador y mi bolso y me dirigí hacia la salida del lujoso hotel. Dos calles... En el mapa parecía cerca, así que pensé que no había necesidad de complicarse la vida con un taxi que quizás no comprendiera la dirección o mi acento francés, o peor aún, que me llevara al lugar equivocado.

Segura de mí misma, en la medida de lo posible, dadas las circunstancias, crucé la gran puerta de cristal que me abrió un portero y me encontré en una calle bulliciosa y repleta de gente.

El interior del hotel estaba climatizado, por lo que no me había dado cuenta de hasta qué punto hacía calor. Mi traje de chaqueta me pareció de golpe absolutamente inapropiado. Lástima, ya no tenía tiempo para cambiarme. Giré a la derecha, luego otra vez y la calle seguía, con su recorrido serpenteante de asfalto, los coches tocando el claxon, los peatones deambulando de un lado a otro... ¡Me había perdido! *¿No era la segunda a la derecha? ¿Estaba tan lejos, al final? ¿Cuánto tiempo llevo caminando?* Saqué el móvil de mi bolso y miré la hora: ¡Las diez y cuarto! *¡Mierda! Diez y cuarto, diez y cuarto... ¿Pero dónde narices está ese centro de congresos?*

Le pregunté torpemente y tartamudeando a un viandante, pude entender

que me había equivocado de calle y el pánico casi me hizo desfallecer. Estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando, al girar la cabeza, lo vi: un letrero que decía *Congress* se extendía con letras mayúsculas en una fachada. ¡Menos mal que habían tenido la genial idea de ponerlo en inglés! Entré como una bala en el vestíbulo, corriendo en todas las direcciones y me encontré, no sé por qué infinita suerte del destino, frente a una puerta con el número correcto: 108. Llamé y oí la voz seria de Sacha pidiéndome que entrara. Empujé la puerta. Estaba solo, en lo que parecía una sala de juntas muy lujosa, con una mesa ovalada de caoba que ocupaba una buena parte de la habitación, rodeada de asientos de cuero verde. En la mesa, había tazas y vasos sobre una bandeja de plata, además de muchos termos que suponía que contendrían té y café. Recordé de pronto que no había desayunado, lo que explicaba, en parte, el nudo que tenía en el estómago. Sacha apenas alzó la mirada, pero aun así me saludó con una sonrisa — como habría hecho con cualquier colaboradora, por otra parte. Creí entender que tenía que sentarme a su lado. Así lo hice, y coloqué mis dossiers y mi ordenador portátil sobre la mesa. Había sudado muchísimo, ni siquiera me atrevía a pensar en el estado de mi moño ni en el rastro que el sudor debía haber dejado en mi blusa.

Traté de adoptar la postura más profesional posible. Iba a preguntarle qué información quería exactamente cuando me dijo, sin levantar siquiera la vista de sus papeles:

—Tenemos una oportunidad... inesperada en el caso Ruppert, Liz. A primera hora de la tarde nos reuniremos con un industrial, el Sr. Ong, que vende una fábrica que pronto dejará de estar en funcionamiento, a dos kilómetros de aquí. —Levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos—. Fui a ver el sitio en cuestión ayer y es una oportunidad de oro para Ruppert. Por ahora, estamos en la fase inicial pero, si no reaccionamos con celeridad, podríamos perder el negocio. Sé que también hay un inversor inglés potencialmente interesado, así que tenemos que actuar con rapidez y acierto. Hablé con Ruppert por teléfono esta mañana: nos da carta blanca para negociar. Nuestro dossier debe ser sólido si queremos conseguir la adjudicación.

Tomé notas a toda velocidad, para no omitir ningún detalle del caso. Me iba de perlas porque precisamente había trabajado en un plan de financiación para un proyecto similar, que podría servir de punto de partida.

—¿Liz?

—¿Sí? —Alcé la cabeza.

—¿Dominas el tema, entonces? —me preguntó, con una expresión medio en serio, medio en broma.

—Sí, sí. Ya había trabajado en un plan de financiación ficticio que podría ser un buen punto de partida. Necesito que me des las cifras reales de la planta industrial para...

—Hm... Sabía que serías una asistente excepcional —me interrumpió—. Definitivamente, tienes muchos... um... talentos diferentes... ¡Dominas muchos temas! —añadió, subrayando cada palabra con un tono rebosante de insinuaciones.

Se levantó y se acercó a mí, colocándose a mi espalda para leer mis notas. Estaba tan cerca que podía oler su perfume embriagador. Carraspeé y seguí tomando notas, haciendo como si nada. Él se acercó un poco más. Tuve que esforzarme para mantener la compostura y la concentración. Su presencia siempre ejercía un efecto devastador en mí, así que no pude evitar el ligero temblor que sacudió mi bolígrafo. Obviamente, él se dio cuenta y, sin duda satisfecho y complacido, volvió a su asiento, se sentó y descolgó el teléfono que tenía enfrente.

—Voy a pedirte un zumo de naranja bien frío, ¿tienes pinta de haber pasado mucho calor!

Las siguientes horas transcurrieron a una velocidad increíble. Elaboramos un dossier muy completo y preciso. Llamé varias veces al asistente personal de Ruppert para obtener nueva información y Sacha, por su parte, tomó la iniciativa y contactó con las autoridades de Hong Kong para averiguar todas las formalidades administrativas que necesitaríamos cumplir para poder transformar aquella planta industrial en un complejo inmobiliario. No dejamos nada al azar. Estaba totalmente inmersa en el

proyecto, emocionada y muy orgullosa de participar en un reto de tal envergadura. Incluso aunque el negocio no llegara a buen puerto, una cosa era segura: en unas horas, había multiplicado mi confianza en mi capacidad profesional de una manera increíble. No cabía duda, el extraordinario encuentro con Sacha Goodman había dado un giro radical a mi vida... y tan solo en cuestión de semanas.

Para el almuerzo, Sacha pidió unos sándwiches. A primera hora de la tarde, teníamos un dossier que ofrecerle al Sr. Ong muy bien elaborado, argumentado y, sobre todo, detallado con un montón de cifras.

Durante la reunión con el cliente, Sacha me presentó como su asistente personal —lo cual me hizo sentirme halagada, aunque yo no había pedido ese puesto— y me pidió que interviniera para aclarar algunas cifras en dos o tres ocasiones. Dirigió las negociaciones con un talento que le hizo a mis ojos más admirable incluso. Yo ya estaba completamente bajo el hechizo de su físico y su personalidad, pero en ese momento estaba también obnubilada por su faceta de abogado de negocios. ¿Había algo en la vida que no hiciera bien, que no dominara?, me preguntaba.

El Sr. Ong salió de la reunión con una expresión impasible. No podría decir si le habían convencido nuestros argumentos o no —yo, en su lugar, le habría dicho inmediatamente que sí a Sacha— pero, independientemente del resultado, no había nada que reprocharnos, al menos desde mi punto de vista. Sacha también parecía muy satisfecho. Yo me sentía como si estuviera flotando en una especie de estado cercano a la euforia, probablemente causado también por la fatiga.

—Bueno, señorita asistente —dijo Sacha, con una mirada perversa mientras se giraba hacia mí, una vez el Sr. Ong se hubo despedido—, creo que hemos hecho suficiente por hoy. No es muy reglamentario beber con una subordinada; aunque tampoco lo es acostarse con ella, dicho sea de paso... Pero vamos a relajarnos con una copita de champán. Recoge tus cosas, volvemos al hotel.

Eché un vistazo al teléfono y comprobé que solo eran las cinco,

¡demasiado temprano para beber champán! Pero me guardé mucho de decir ni una palabra, Sasha parecía de un humor particularmente alegre y no tenía la más mínima intención de contrariarle.

Tomamos un taxi para dirigirnos al hotel. Estaba tan solo a dos calles pero, claro, ¡uno de los abogados más importantes de Nueva York no iba a volver a pie!

Una vez instalados en el confortable y acogedor bar del hotel, tomé conciencia del nivel de mi agotamiento: me sentía desfallecida, estaba exhausta. Sasha pidió dos copas de champán bien frío y deshizo el nudo de su corbata, sin apartar sus pupilas de color jade de mí. Las bebidas llegaron enseguida, con sus finas burbujas revoloteando en la copa de cristal. Me desnudó concienzudamente con la mirada, sin reparos, deteniéndose en cada detalle de mi anatomía. Después, alzó su copa en mi dirección.

—Si Ruppert firma con Ong, *darling*, voy a hacerte gozar hasta que pierdas el sentido...

Me atraganté con un sorbo de champán. ¿Me había llamado *darling*, o sea, cariño? Tosí para recuperar el aliento.

—No hay manera, me he quedado sin aliento —le dije, dándome golpecitos en el pecho—. ¡Pero no te enfades si al final no firman!

Se echó a reír. Su risa era clara y directa. Pocas veces le había sentido tan cerca, tan accesible...

—Has hecho un muy buen trabajo con este caso, Liz. Afirmaría incluso que me has impresionado. Y eso no es algo que diga a menudo...

Me sonrojé, los cumplidos siempre me hacían sentir muy incómoda. Le veía tan cercano que pensé que quizás era un buen momento para abordar temas más serios. Sobre todo el que más me hacía sufrir y llorar cuando estaba sola: su relación con las mujeres.

—Yo... eh... eh... tú... tú...

—¿Sí, Liz? ¿Yo? ¿Tú?

No: me eché atrás. Al diablo con Natalia, Allisson y todas las demás. ¡No iba a estropear ese momento!

—¡Estoy encantada de trabajar contigo! —le solté de golpe, para disimular mi incomodidad, y me acabé la copa de un trago.

—¡Tanto mejor! —respondió, un poco desconcertado—. ¡Y eso no es todo! Tenemos una cena de gala esta noche. Todas las principales firmas de abogados del mundo se reúnen en este tipo de eventos sociales. Quiero que estés perfecta. Encontrarás un vestido adecuado en tu habitación. Por cierto, ¿te gusta tu habitación? —me preguntó, mirándome por encima de su copa.

—Sí, mucho. Gracias por reservarme una habitación, me encanta poder estar a solas —le dije, lanzando el anzuelo para ver su reacción, con una actitud seria.

—¡Perfecto, entonces! —Fui incapaz de adivinar si estaba decepcionado o no con mi reacción. Misterio—. No hace falta que diga que estás bienvenida a mi suite siempre que lo desees...

Se había acercado a mí por debajo de la pequeña mesa y su boca casi rozaba la mía.

Pasé el dedo por todo el borde de la copa, después me humedeció los labios y añadió:

—Tú también, por supuesto. Pero prefiero que se me avise antes de recibir visitas de cortesía...

Mis sienes palpitaban, ese juego se estaba poniendo interesante, pero de repente él se apartó, miró el reloj y me dijo que me diera prisa, ¡que teníamos que irnos a la gala en media hora!

La gala se celebraba en una magnífica sala, en el último piso de uno de los edificios más altos de Hong Kong. Llegué del brazo de Sacha, con un sublime vestido ceñido de color azul medianoche, cubierto de pliegues y bordados con pedrería transparente. Mi melena pelirroja caía en una

cascada ondulada sobre los hombros. Me había maquillado un poco más de lo habitual. Por primera vez, me veía espectacularmente hermosa. Sasha llevaba un esmoquin, estaba divino. En el coche que nos había conducido hasta la gala, la tensión sexual era palpable. Le faltó poco, me pareció, para saltarme encima en el asiento trasero. Después de nuestra tarde juntos, la noche parecía venir cargada de placeres carnales.

La velada reunía, en efecto, a la flor y nata del mundo de los negocios. Los despachos más importantes del planeta trababan amistades en una especie de tregua por las circunstancias, ya que la mayoría de ellos se enfrentaban ferozmente a diario para hacerse con el mayor pedazo del pastel de los negocios y las finanzas mundiales.

Unos minutos después de nuestra llegada, Sacha fue abordado por unos magnates financieros y yo me dirigí desenvuelta al buffet, donde reconocí a dos empleados de Goodman & Brown con los que había trabajado en Nueva York: Helen, una guapa rubia, y David, un chico bajito con ojos risueños. Ya habíamos tenido tratos en la sede del despacho, así que me sentí aliviada y feliz de que estuvieran allí.

—Ah, Elizabeth, ¡qué placer verte aquí —dijo Helen, dándome un abrazo—. Felicidades, nos hemos enterado de tu incorporación a Goodman & Brown. Te lo mereces. ¡Les deslumbraste en Francia!

David me dio un beso y exclamó un alegre: *¡Opino exactamente lo mismo que Helen!* Tomamos una copa y brindamos por mi nuevo trabajo. Helen me preguntó sobre Sacha, quería saber acerca de mi estado de ánimo y mi relación con el jefe. Tenía la reputación de ser exigente e implacable con sus asistentes. Permanecí evasiva, no era cuestión de revelar la verdadera naturaleza de mi relación con Sacha. Al cabo de dos copas, estaba totalmente relajada y nos reíamos de todo y de nada. Un hombre alto y rubio se unió a nosotros y Helen me lo presentó: se trataba de Ludwig, un abogado de Berlín al que ya había conocido “bien” en un seminario anterior. Ludwig se puso a ligar conmigo sin prestar atención a los demás, con un piropo tras otro e indirectas con doble sentido. Era muy lanzado, pero yo mantenía las distancias. Entonces, la orquesta empezó a

tocar para inaugurar el baile. Ludwig quería llevarme a la pista, pero decliné su invitación educadamente. Debían haber pasado unos veinte minutos o media hora y no había vuelto a ver a Sacha. Le busqué con la mirada a mi alrededor y de pronto le vi, riéndose a carcajadas, con un brazo rodeando la cintura de una escultural morena: ¡Natalia! No pude evitar exclamar su nombre en voz alta, de lo cual Helen se dio cuenta de inmediato.

—Sí, Natalia ha venido, figúrate, cómo no, para un congreso tan importante... Hacen una pareja encantadora, ¿verdad?

—¿Una pareja? —pregunté, patidifusa.

—¡Sí! Bueno, ya no están juntos, creo... Una lástima, porque estaban hechos el uno para el otro, ¿no te parece?

—Oh... Eh... Sí, sí, sí, tienes razón... —le respondí, pero Helen ya había dado la vuelta y avanzaba hacia la pista de baile con David.

¿Juntos? ¿Pareja? Y yo preocupándome por aquella prometida... ¡Qué idiota! La realidad era mucho peor: el lobo estaba en el redil.

No podía quitar los ojos de la “parejita”. La orquesta continuó con una balada lenta y vi cómo Natalia conducía a Sacha a la pista. Un cuchillo en la espalda o en el vientre, donde fuera, no me habría dolido tanto.

Una enorme ola de tristeza e ira me invadió. Él le hablaba al oído, estaban todo lo cerca el uno del otro como era posible, parecía que él quisiera abalanzarse sobre ella en medio de la pista. Mi orgullo se apoderó de mí y busqué a Ludwig para proponerle un baile, con mi mejor sonrisa y una seductora mirada. No me hizo preguntas, simplemente colocó sus dos manos sobre mi cintura en señal de aceptación. La balada resultó de todo menos agradable: quería gritar, no dejaba de lanzar miradas a derecha e izquierda para seguir a Sacha y Natalia, que continuaban pegados el uno al otro, y Ludwig cada vez tomaba más la iniciativa. Parecía que la canción no se acababa jamás y yo sufría enormemente por ver a Sacha con otra y por tener que soportar a Ludwig, cuyas manos estaban casi a la altura de mi culo. Iba a pedirle que se detuviera cuando mi mirada se cruzó con la de Sacha. Parecía querer lanzarme rayos con los ojos, que sin duda me habrían

traspasado de haber sido reales. Me asusté, volví la cabeza con rapidez... ¡y Ludwig aprovechó para besarme! Ni siquiera me dio tiempo a deshacerme de él y Sasha ya estaba a dos centímetros de mí, pidiéndome que saliera de la sala. Todo el mundo nos miraba y me quedé petrificada, pero reuní las últimas fuerzas que me quedaban para intentar salir de la manera más digna posible, con Sacha pegado a mis talones. Afortunadamente, le salió al paso un hombre que le detuvo, lo que me dio tiempo a llegar a los ascensores. Me lancé impetuosamente hacia el interior de uno, pulsé como una loca el botón y recé para que la puerta se cerrara. Quería escapar. Lejos. No enfrentarme a él. Todo me daba vueltas y ahogué un sollozo. Me sentía tan vacía, tan poco querida, tan infeliz. Su actitud. Mi actitud. Lo único que sentía era asco y decepción.

Salí al vestíbulo, que estaba desierto, y me dirigí a la puerta de entrada, tan solo a unos pasos; pero una mano me cogió con fuerza del brazo y tiró de mí hacia atrás.

Estaba fuera de sí, su labio inferior temblaba.

—¿A dónde vas? ¿Crees que te puedes escapar tan fácilmente?

—¡Déjame! —le grité— y sigue retozando con Natalia... Con la que supuestamente solo estuviste una o dos veces, ¿no? Ya, seguro, ¡ja!

—¡Por supuesto que no te dejo! —Me agarró con más fuerza—. Vas a tener que explicarte, no tolero este tipo de comportamiento, ¿entiendes? —No gritaba, pero su voz era tan fuerte que cortaba el aire—. Nadie, óyeme bien, Elizabeth, nadie me engañará de nuevo, ni tú ni otra...

Tenía el rostro contraído por la ira.

—Ah, claro, el señor no está acostumbrado a que no se cumplan todos sus deseos, ¿no? —le respondí, arrogante—. Siempre has tenido todo lo que querías, estás tan habituado a que la gente se arrastre a tus pies... El muchachito privilegiado, de una familia privilegiada, eh, hay que satisfacer todos sus caprichos...

—No hables de lo que no conoces, Elizabeth. —Sus ojos soltaban chispas cada vez más intensas—. Te crees que nadie ha sufrido tanto como

tú, pero no sabes nada de mi vida...

—Bueno, pues sé lo suficiente como para saber que eres.... eres... un... un... ¡cabrón!

La palabra me salió sola, contra mi voluntad, llevada únicamente por la rabia sorda e irracional que me permitía hacerle frente. Me arrepentí inmediatamente. Me soltó y pensé que me iba a dar una bofetada.

—¿Quieres... quieres pegarme? —exclamé casi sin aliento, dando un paso atrás.

Pareció calmarse de golpe. Dijo, más suavemente:

—Aunque quisiera hacerlo porque te lo mereces, no podría pegarte. Ni a ti ni a nadie. Y contrariamente a lo que quizá pienses, la vida no siempre ha sido amable conmigo.

Me puse a llorar amargamente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no he tenido una infancia dorada, eso es todo, no necesitas saber nada más. —Me secó una lágrima que me corría por la mejilla—. Pero eso no cambia el resto.

—Sí, lo cambia todo —contesté en un grito ahogado—. Si sabes lo que es sufrir, ¿por qué eres así conmigo, eh? ¿Por qué me mentiste acerca de Natalia? ¿Por qué no me hablaste de Allisson? ¿Por qué, por qué es todo tan complicado contigo?

—Lo de Natalia se acabó, ¿qué diferencia hace lo que dijera? Pero es una amiga, una amiga muy querida. De Allisson no tengo ganas de hablar... Y no hacía falta que hurgaras para conocer mi pasado.

—¡No me queda otra! No me cuentas nada y tengo que leer entre líneas, y el código para descifrarte es muy complicado.

Prácticamente, ya no había rastro de ira en sus ojos. Su mirada era casi tierna, e incluso me dio un pañuelo.

—No hay ningún código, Liz, es solo que mi historia no es muy alegre.

Por decirte algo, es para ponerse a llorar... Así que, ¿para qué remover el pasado? Tú estás aquí, yo estoy aquí y ya está. Eres tú la que lo complica todo.

—Es que tú me das, una y otra vez, la impresión de que solo soy una más —me atreví a responder—. Yo... yo... solo te valgo para el sexo, eso es todo... —Contuve el aliento, esperando su respuesta, que me sentó como un jarro de agua fría.

—No, Liz, pero no me pidas más de lo que puedo dar...

En ese momento empezó a sonar mi móvil, en mi bolso.

¿A estas horas? No puede ser algo de trabajo, pensé.

Saqué el teléfono y miré la pantalla, ¡era de París! Descolgué y escuché a mi interlocutor, incapaz de decir ni una palabra. Solo conseguí pronunciar un *Gracias por avisarme* y colgué, aturdida.

—Era del hospital —le dije a Sasha, que me miraba con ojos interrogantes—. Maddie ha enfermado y está en cuidados intensivos.

Y me dejé caer en sus brazos, temblando por el llanto.

3. De vuelta en París

Dada la situación, Sacha se portó genial conmigo. Entre él, el nuevo trabajo y lo de Maddie, me sentía al borde del precipicio. No conseguía ordenar mis pensamientos, ni saber cómo actuar. Me dijo de inmediato que él se ocuparía de todo, que podía volver a París al día siguiente.

No fui consciente de las llamadas que realizó, ni de que pidió un taxi y volvimos al hotel. Me veía superada por la sucesión de acontecimientos, por el estrés. ¿Y si Maddie moría? Perdería a la única “madre” que me quedaba en el mundo.

Sasha y yo pasamos la noche juntos en su suite, en los brazos del otro. Me acarició el pelo durante horas, mientras yo me acurrucaba en el hueco de su hombro. Al principio no hablábamos, él se limitaba a susurrarme palabras tranquilizadoras: que él se ocuparía de todo, que todo iría bien... pero mi angustia aumentaba y las lágrimas volvían a resbalar por mis mejillas. No podía soportar la idea de perder a Maddie: ella era mi único apoyo, mi única referencia femenina. Era cierto que todavía tenía a mi padre, pero sus reservas hacían que nuestra relación fuera bastante complicada y distante. Siempre había sido un hombre muy pudoroso, pero antes, por encima de todo, teníamos a mi madre entre nosotros. Nunca había sabido cómo lidiar con la situación, cómo manejar su pérdida brutal. En su casa, en su familia, ese tipo de cosas no ocurrían. Cada uno llevaba su cruz, rezaba, iba a la iglesia, se confesaba... pero no se renegaba de la vida. De hecho, la muerte de mi madre era todavía, siete años después, un tabú para él. Jamás hablaba de ello. Yo nunca había tenido una relación cercana con el resto de mi familia, a excepción de Maddie, por supuesto, y esa historia había terminado por hacerme perder del todo unos lazos que nunca habían sido demasiado firmes.

—Llora, llora —me dijo Sacha—, te sentirás mejor si te desahogas...

Entre sollozos, le susurré:

—No quiero perderla, ¿entiendes?, no puedo perderla... No, a ella no. Ya he perdido demasiado con mi madre...

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¿De qué?

—De la muerte de tu madre.

—Yo tenía quince años .

—Y... ¿Cómo murió? No te sientas obligada a responder, Liz.

—No, no tengo ningún problema en hablar de ello, no me avergüenza como a mi padre. Se suicidó.

—¿Se suicidó? —repitió lentamente Sacha.

—Entiendo que te parezca perturbador. Y fui yo quien la encontró, se había ahorcado en la sala de estar mientras yo hacía los deberes en el piso de arriba —añadí, con un tono monótono.

Volví la cabeza hacia él, parecía un poco trastornado.

—Liz, yo... No tengo palabras. Pobrecita mía, es terrible... —Me cogió la cara y me besó tiernamente—. Pero... ¿dio alguna explicación?

—No, en realidad no. Ella siempre estaba deprimida, era muy frágil. Alternaba períodos en los que parecía que estaba bien con períodos en los que se hundía en un profundo abatimiento. Era artista, ya sabes: pintaba, esculpía... Era hermosa y muy dulce, pero también se sentía torturada... Quiero decir, por dentro.

—¿Se lo reprochas? —preguntó Sasha, pasándome un rizo por detrás de la oreja.

—¿Que se suicidara? No. Aunque la echo de menos terriblemente, cada día que pasa, no estoy enfadada. Este mundo no fue hecho para ella, eso es todo. Tampoco me he sentido nunca culpable. En cambio, mi padre no puede decir lo mismo.

—Eres muy fuerte, Liz. Debías quererla muchísimo, ¿no?

—Sí —respondí con un suspiro, y las lágrimas aumentaron—. Y... y... ¿tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. Dijiste que no habías tenido una infancia dorada. Ya que estamos en un momento de confidencias...

—Me temo, Liz, que no tengo, a diferencia de ti, la capacidad para

abrirme así. Mi infancia no tiene ningún interés, de hecho. Lo que importa es que estoy aquí ahora, no dónde estuve antes ni qué viví con los desgraciados que han marcado mi vida, ¿no?

Me volví y puse mi cabeza sobre su pecho. Los dos estábamos todavía vestidos con nuestros elegantes trajes de gala, lo cual aportaba a la escena un toque cómico.

—Sí, sí que tiene interés. Me permitiría entender mejor lo que está ocurriendo. —Le daba golpecitos con el dedo en el pecho.

—No hay mucho que decir, Liz, de verdad —me dijo en una voz muy baja, dubitativa. Sentí que estaba a punto de lanzarse, de liberarse por fin. ¿Qué escondía que fuera tan horrible...? De repente, pareció cambiar de opinión—. Es solo una historia sórdida, de una mujer abandonada, embarazada, que se casa con un miserable que nunca podrá soportar la visión de ese niño que no es suyo y que se lo hará pagar caro, muy caro...

—¿Ese niño eras tú?

—Sí.

—Pero, entonces, Jesse Goodman, el financiero... ¡No es tu verdadero padre! Pensé que habías logrado montar tu despacho gracias a él.

—¡Pues bien, te habías equivocado! Aunque hubiera querido su ayuda, me la habría negado. Estaba demasiado ocupado forjando una fortuna para su hijo legítimo.

Su tono se había vuelto más duro, obviamente la mención de su padrastro le ponía en un estado de furia que no podía contener. Él respiró hondo:

—En fin, todo eso ya no importa. Hoy ya no puede hacer nada contra mí. Si se atreve a intentarlo, le devolveré uno por uno todos sus golpes...

—¿Quieres decir que te pegaba? ¿Cuando eras niño? —Me parecía terrible que todavía existieran esas prácticas, además en la alta sociedad—. No sabía que tenías un hermano.

—Un hermanastro —me corrigió inmediatamente—. Y si realmente quieres saberlo todo, me pegaba, ¡sí! Si es que esa palabra es lo suficientemente fuerte para describir todo lo que ese desgraciado me hizo

soportar... Si hubiera podido borrar me del mapa, lo habría hecho. Pero no lo conseguí. ¡Y aquí estoy! Basta Liz, yo no quería hablar de eso...

—Lo entiendo, Sasha. También entiendo por qué reaccionaste así antes, cuando pensé que me ibas a dar una bofetada... Lo siento mucho.

—No lo sientas, Liz. No puedo soportar la pena, ¿vale? Ya no soy un niño que no podía defenderse, no soportaría ver eso en tus ojos...

—Y... ¿Y tu padre? Quiero decir, ¿tu verdadero padre?

—Ja, ja. —Su risa me heló la sangre—. ¡No es mejor que el otro! Abandonó a mi madre embarazada el día en que iban a casarse. ¿Y a que no adivinas por quién? ¡Por la hermana de mi madre! Sí, mi tía. Ya ves qué familia, ¿no? No nos cubrimos de gloria precisamente, ¿eh?

Qué coraza había tenido que construirse para negar hasta ese punto que sus heridas aún estaban abiertas... Pero no añadí nada, no quise compartir con él mis dudas acerca de su capacidad para gestionar su dolor; estaba claro que ya le había resultado un enorme esfuerzo confesarme una parte de su pasado. Él quería ser siempre el más fuerte, pero yo me preguntaba si, en el fondo, era realmente tan fuerte como aparentaba.

Aunque me moría de ganas de saber más, de conocer los detalles, de excavar más en su vida, me contuve. Sentí que se exasperaría si le pedía más fragmentos de su historia. Además, ya había pasado a otra cosa, y estaba recordándome que tenía mi vuelo a París a última hora de la mañana y que podía quedarme todo el tiempo que hiciera falta en Francia.

Como ocurre a veces, las desgracias unen y permiten correr un tupido velo sobre los problemas. Ese fue el caso con Sacha. No volvimos a hablar de nuestra acalorada discusión, aunque tanto el uno como el otro sabíamos que no habíamos terminado de “ajustar las cuentas”... Yo sabía un poco más acerca de él, pero seguía habiendo muchas sombras. ¿Por qué parecía tan despechado con su hermano, es decir, su hermanastro? ¿Qué papel había tenido su madre en todo ello? Seguía siendo un hombre muy evasivo, muy misterioso. Y tampoco tenía seguro qué lugar ocupaba yo para él. *No me pidas más de lo que puedo dar*, habían sido sus palabras; en absoluto tranquilizadoras. Al mismo tiempo, ¿podía reprocharle que no me diera más? Solo nos conocíamos desde hacía unas pocas semanas. Yo ni siquiera

le había confesado nunca mis sentimientos. ¿Mis sentimientos? Pero, ¿qué sentimientos? Realmente, nunca había reflexionado sobre la cuestión, para ser sincera. Todo iba tan rápido... Y tenía miedo, la verdad. Miedo a perderme, miedo a perderle, miedo a sufrir...

Nos dormimos completamente vestidos y a la mañana siguiente, después de una ducha exprés, hicimos el amor. No fue sexo sin más: fue diferente, con la sensación, al menos por mi parte, de que se había creado una unión personal de la que había nacido algo nuevo.

Sacha me acompañó al aeropuerto y subí al avión con un nudo en la boca del estómago. Me horrorizaba la idea de que mi vida pudiera volver a tambalearse hacia el lado equivocado, que Maddie pudiera abandonarme, que Sacha pudiera desaparecer de mi vida.

En cuanto llegué a París, me fui directamente a urgencias, sin pasar siquiera por el apartamento a dejar mi equipaje. Las últimas noticias, que recibí al bajar del avión, parecían prometer cierta mejoría. Maddie había tenido un derrame cerebral y estaba en coma, pero los signos clínicos tendían a mostrar que podía despertarse en las próximas horas. Por nada del mundo quería que se despertara sola en una habitación de hospital.

Me quedé todo el día y la noche siguiente al costado de su cama. Ya no estaba en cuidados intensivos, por lo que me podía quedar a su lado todo el tiempo que quisiera. Le leí en voz alta, le hablé, le canté... A ratos, también dormía un poco. Fue al abrir los ojos tras una breve siesta cuando me di cuenta de que me estaba mirando, sonriendo.

—Lisa, cariño, cómo me alegro de verte...

Su voz era muy distinta, con un tono marcado por una gran fatiga, pero era Maddie, mi Maddie. Había temido tanto las secuelas, durante esa interminable espera, que el mero hecho de que me hablara y me reconociera me procuró un inmenso alivio.

—Maddie, tenía tanto miedo...

—La vida sería menos divertida sin sorpresas, ¿no? —dijo, sonriendo—.

¿Qué me ha pasado?

—¡Te pusiste enferma en la ópera! Te trajeron inmediatamente aquí y entraste en coma. Los médicos me hablaron de un derrame cerebral.

—Ah, sí, ya recuerdo... La diva cantaba fatal, ¡debe ser por eso por lo que acabé aquí!

No pude contenerme y me reí a carcajadas. Maddie, incluso acostada en una cama de hospital, ¡era la misma de siempre!

Me quedé tranquila por el despertar de Maddie y los últimos resultados de las pruebas, y los médicos me recomendaron que fuera a descansar un poco. Volví en metro al apartamento de Maddie, mi apartamento parisino antes del inicio de esa aventura.

¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo hace que no cojo el metro? Mi vida ha cambiado tan drásticamente en tan solo unas semanas... Esa chica desaliñada que iba a la universidad en bici, ¿era realmente yo?

Últimamente, me movía en un coche con chófer, o peor aún, ¡en taxi! Mi vida de estudiante en París me parecía del siglo pasado, por lo menos... Y, sin embargo, era la misma en apariencia, salvo algunos detalles de la ropa. Pero en el fondo, sentía que había cambiado profundamente, y no solo porque Sasha me había hecho descubrir un mundo de lujo y resplandor. También me daba la sensación de que había envejecido diez años, pero no en el sentido negativo de la palabra, sino que había madurado, sí, madurado, sin duda. Me sentía más mujer, más segura de mí misma. Y eso, lo sabía, era gracias a mi relación con Sasha, a pesar de que me desconcertara, de que no supiera qué camino seguir, de que siempre estuviera al borde del abismo con él.

Al entrar en el apartamento, comprobé ese bienestar especial que solo se siente cuando se regresa a casa. Aquel lugar era mi hogar. Solo quería sentarme en un sillón del salón, servirme una copa de vino y poner *El cascanueces*, como tan a menudo hacía con Maddie. Pero, sobre todo, necesitaba una buena ducha. Mis planes no llegaron a materializarse porque cuando salí de la ducha, me sentía tan cansada que me fui directamente a la cama, sin beber una copa de vino ni escuchar *El*

cascanueces.

Al día siguiente, me desperté descansada y me fui corriendo al hospital. ¡Maddie estaba en plena forma! Le había pedido una radio y un periódico a las enfermeras, creyéndose tal vez en un hotel, y había criticado duramente el desayuno, que le había parecido de mala calidad... ¡Sin duda, Maddie estaba mucho mejor!

—El servicio en este hospital es horrible, querida —me saludó, dándome un beso—. ¡Espero poder salir pronto!

—Maddie, por favor —le dije con una mirada severa—, no empieces, ¿eh? Vas a hacer caso a los médicos y a esperar tranquila a que te den el alta. Lo que te ha pasado no es ninguna tontería, debes estar agotada...

—¡Y no soy la única! Estás muy pálida, cariño, y me parece que has perdido peso, ¿verdad? ¿Todo bien en Nueva York?

—Oh, sí... sí... Pero, en realidad, no estaba en Nueva York sino en Hong Kong cuando me enteré de tu accidente. ¡El jet lag es la causa de estas ojeras!

—Sí, claro que sí, cariño. ¿No te hará trabajar demasiado tu abogado, al menos, espero?

—No te preocupes, todo está bien.

—¡Tienes que cuidarte, Lisa! ¿Eh? ¡Y no estoy hablando solo de trabajo!

Pasé todo el día con Maddie. Los médicos eran optimistas y preveían su alta para el fin de semana. Quedaban tres días. Decidí que regresaría a Nueva York cuando Maddie volviera a casa. Mientras tanto, cuidaría de ella y aprovecharía mi estancia en París para ver a mis amigos. Había hablado varias veces con Sasha por teléfono y nos había escrito algunos e-mails, sobre todo profesionales. Bueno, ¡tampoco me esperaba que me enviara mensajes cargados de amor!

Expulsé a Sacha de mi mente y decidí llamar a Jess. Había estado en contacto con ella desde mi llegada a París y nos habíamos prometido vernos, por supuesto. Quedé con ella esa misma tarde en el Barrio Latino. Cuando nos vimos, corrimos a abrazarnos. No coincidíamos desde mi penosa escapada a casa de su tía en Nueva York, teníamos un millón de

cosas que contarnos. Nos tomamos una copa, luego dos, y después nos fuimos a cenar a un pequeño restaurante de la zona. Jess estaba radiante, acababa de conseguir un trabajo en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y preparaba su mudanza a Estrasburgo. Para dos novatas en nuestro oficio, ¡no se podía decir que no nos hubiera ido bien! Nos despedimos prometiéndonos que nos volveríamos a ver muy pronto, aunque las dos sabíamos que eso sería un poco complicado.

Cogí un taxi para volver a casa y, al llegar, me dejé caer sobre la cama. Miré el móvil: era la una de la madrugada, había perdido completamente la noción del tiempo. Y, ¡mierda, tenía cinco llamadas perdidas de Sacha! Mi teléfono debía haberse quedado sin cobertura en el restaurante. También tenía un mensaje. Lo escuché un poco preocupada... ¡Efectivamente, estaba enfadado! Que si por qué no respondía al móvil, que si yo sabía que él quería poder contactar conmigo en todo momento, que si dónde estaba a esas horas...*¿Desde cuándo tenía que rendirle cuentas?*. En definitiva, un interrogatorio en toda regla. Casi podría haberme alegrado de sus celos si no fuera porque, en los últimos segundos del mensaje, reconocí una voz... ¡La de Natalia, preguntándole por qué se enfadaba con un contestador automático!

Me quedé helada. No iba a llamarle a esas horas, además, no estaba segura de poder controlar mis emociones por teléfono. Abrí mi cuenta de e-mail y le escribí.

De: Élisabeth Lanvin

A: Sacha Goodman

Querido Sacha:

Acabo de volver a casa. Tendrás que disculparme por no estar a tu disposición, estaba cenando con un amigo de la facultad. Un amigo muy querido, ya me entiendes. ¿Qué tal está Natalia?

Élisabeth

Hice clic en “Enviar” y esperé la respuesta de Sasha temblando. Me

estaba aventurando en un terreno muy resbaladizo, lo sabía.

La respuesta no se hizo esperar.

De: Sacha Goodman

A: Élisabeth Lanvin

Élisabeth Lanvin:

Natalia está trabajando conmigo... y con otros dos colaboradores. ¿Sabes lo que significa la diferencia horaria?

S.

La diferencia horaria... ¡Menuda idiota! Los celos me había cegado, ¡allí no era de noche!

De: Élisabeth Lanvin

A: Sacha Goodman

Perdona que me fíe de las apariencias pero, teniendo en cuenta el comportamiento que adoptas, hay motivos para perder la confianza.

De: Sacha Goodman

A: Élisabeth Lanvin

¿De qué comportamiento hablas? ¿El de alguien que besa a un alemán en el medio de una pista de baile o el de alguien que aprovecha la primera oportunidad para ir a cenar con un antiguo amante?

De: Élisabeth Lanvin

A: Sacha Goodman

De acuerdo, las apariencias están en mi contra, pero nunca he besado a Ludwig. Fue él quien se aprovechó cuando giré la cabeza... Te ruego que me creas, fue un accidente. Y esta noche en realidad cené con Jess, pero te mentí porque estaba molesta por haber escuchado a Natalia en el mensaje...

Desde cualquier punto de vista, estaba siendo patética. Esperé diez minutos ante la pantalla, sin respuesta. Bueno, lo había conseguido todo y quizás había perdido a Sacha por culpa de mis estúpidos celos, de esa falta de confianza que me paralizaba por completo, del miedo permanente a ser abandonada. Cerré el ordenador decepcionada y apenas pegué ojo en toda la noche.

Al día siguiente, fui a hacer la compra después de ir al hospital y volví a casa con la firme intención de tratar de poner las cosas en claro por teléfono. Había estado reflexionando sobre ello todo el día y había decidido que no iba a dejar que nuestra historia se estropeará así.

Giré la llave en la cerradura... ¡La puerta estaba abierta! Entré poco a poco, caminando pegada a la pared y cogí un paraguas en la entrada, pensando en defenderme si me encontraba con un ladrón. El corazón me latía a mil por hora cuando avancé en el salón.

Dejé caer el paraguas al suelo: Sacha estaba sentado en el sillón favorito de Maddie.

No me dio tiempo a preguntarle qué estaba haciendo allí, empezó a soltar de golpe su discurso.

—Antes que nada, vamos a poner las cosas claras: primero, Natalia es una amiga muy querida, tenemos vínculos muy fuertes, que ni siquiera podrías comprender... Así que sí, forma parte de mi vida, te guste o no. Y segundo, mientras mantengas conmigo una relación de carácter privado, te comprometes a no ver a ningún otro hombre, ¿queda claro? Si aceptas esos dos puntos, podemos seguir adelante y olvidar tu conducta...

¿Aceptar? ¿Mi conducta? Me quedé pasmada por tanta arrogancia.

—¿Puedes explicarme cómo has entrado en mi casa?

Mi pregunta pareció desarmarle.

—Fui al hospital y tu tía me dio las llaves, pero no cambies de tema, por favor.

—No, al contrario, ese es precisamente el tema, creo yo. —Me senté frente a él, las piernas me temblaban tanto que tenía miedo a derrumbarme—. Entrás en mi casa, me hablas como si fuera una... una puta, sí, dispuesta a tirarse al primero que pase; tú dictas todas las reglas y a mí... solo me queda aceptar en silencio, ¿no es así? Tal vez haya exagerado con lo de Natalia, pero tú me mentiste sobre ello, te lo recuerdo, en uno de tus grandes discursos. Y luego están todas las demás, eh, de las que no quieres hablar. Pero yo tengo que hacer voto de castidad, abrirme a ti, contarte lo de mi madre... ¿Y tú que me has dado, a cambio? No soy un objeto, Sacha. Yo... yo... tengo sentimientos. —Estaba desatada, las palabras se entremezclaban en mi cabeza y había reflexionado tanto la noche anterior que me salió todo de golpe—.

—¿Sentimientos? —Se había puesto tan manso como un corderito—. Liz, también tengo que protegerme, ¿entiendes?

—¡No, no lo entiendo! ¿Protegerte de qué? ¿De mí?

—No, no de ti. Liz, ya te lo había dicho, no había planeado nada contigo... Me había prometido no volver a vivir algo serio... Todo esto me sobrepasa, ¡me vuelves loco! ¡La mera idea de imaginarte con otro me vuelve loco!

—Pero no estoy con otro, Sasha. —Me levanté y me senté junto a él—. ¿Por qué no confías en las mujeres? ¿Se debe a tu madre, a Natalia? No, ya sé, es por esa Allisson Green, ¿verdad? ¿Sasha? Acláramelo, por favor...

—Liz, para... por favor, déjalo ya...

Y, para hacerme callar, me besó con tanta pasión que me caí hacia atrás sobre el sofá.

¡Efectivamente, le volvía loco! Estaba loco, loco de deseo. Sus manos

exploraron bajo mi camiseta, su boca recorrió cada centímetro de mi cara. Yo arqueé mi cuerpo para pegarlo al suyo. No más discursos largos, no más peleas: sellamos esa última discusión con una tórrida noche.

Al día siguiente, Sacha salió al amanecer. Solo había ido a Francia para veinticuatro horas y tenía que pasar el día en Courcelles Inversiones. Había que firmar el acuerdo final entre los dos despachos, que los vincularía indefinidamente. Nos despedimos con la promesa de volver a vernos cuando regresara a Nueva York, dos días después.

Una vez Sacha se fue, regresé al hospital para ver a Maddie, con el corazón más ligero que el día anterior aunque, en el fondo, sabía que todo iba a seguir siendo muy complicado con Sasha Goodman. Y, sin embargo, sentía que ya no podía vivir sin él. Haría lo que fuera necesario para conservarle a mi lado, estaba convencida en lo más íntimo de mí. Las reacciones que me provocaba la mera mención de los nombres de las mujeres que habían sido o eran importantes para él eran una clara señal, por así decirlo, de que estaba preparada para defender mi territorio. Sí, mi territorio, mi Sacha. Sí, no me avergonzaba pensar así. No tenía ninguna intención de compartirle con nadie.

Pero tenía que controlar mis emociones. *Natalia es una amiga muy querida, tenemos vínculos muy fuertes, que ni siquiera podrías comprender... Así que sí, forma parte de mi vida, te guste o no*, habían sido sus palabras. ¿Qué les podría vincular hasta tal punto? ¿Cómo podía luchar yo? ¡Me sentía insignificante a su lado! ¿Y la otra, Allisson? ¿Por qué se negaba a hablar de ella? ¿Qué quería decir con que no quería vivir nada serio, que me iba a dejar? ¿Qué solo servía para ponerme los pies en el aire? —Esa era una idea cuya sola evocación me hacía sufrir muchísimo. No, no podía ser que para él todo se resumiera en eso. No podía estar equivocada sobre él en ese tema, me había mostrado repetidas veces que se preocupaba por mí. ¿Entonces? ¿Y entonces qué? Siempre volvía al mismo callejón sin salida.

En cuanto Maddie volvió a casa, tomé el primer avión a Nueva York, decidida a hacer todo lo que estuviera en mi mano para no dejar que el

maravilloso Sacha Goodman se fuera de mi vida. Después de todo, no tenía gran cosa que perder, aparte de mi orgullo, si las cosas iban mal y me acababa dando de lado como si fuera un calcetín usado. Bueno, en realidad, no era solo mi orgullo: también mi corazón estaba en juego.

Tenía que desentrañar el misterio de Natalia. Mientras siguiera en escena, yo seguiría a la defensiva. ¡Si tan solo pudiera desaparecer de la circulación, qué bien me vendría...! Por desgracia, eso no era posible. *¿Y si trato de solucionar el problema de Natalia de otra manera? ¿Podría intentar hacerme su amiga, en vez de su enemiga? ¡Es una táctica de guerra muy conocida!* Me pasé todo el vuelo madurando planes de ese tipo, algo que desde luego me hacía mucha falta para convencerme de que podía ganar un cierto control sobre la situación.

Sacha no vino a recogerme al aeropuerto. En cambio, Steven estaba allí. Dejé mi equipaje en el hotel y después me fui directamente a la oficina, tenía mucho trabajo que poner al día. Además, estaba ansiosa por ver a Sacha.

¡Qué decepción, un vez más! Cuando entré, estaba hablando por teléfono en el vestíbulo, me vio pero no dio señales de percatarse de mi presencia. Solo me echó un vistazo glacial. Qué frialdad, de golpe... *¿Qué mosca le habrá picado? ¿Dónde está el hombre que vi en París? ¿Qué ha pasado?*, me preguntaba.

Me apresuré a ir a mi despacho y me sumergí en el trabajo para evitar pensar en Sacha. Cinco minutos más tarde, Helen asomaba la cabeza por el marco de mi puerta.

—Elizabeth, ¡*cú cú!* Natalia te espera en el despacho junto a la recepción. Me ha pedido que te diga que es importante y... personal —remarcó especialmente la palabra “personal”.

¿Natalia? ¿Personal? ¿Qué podía querer de mí?

Continuará...

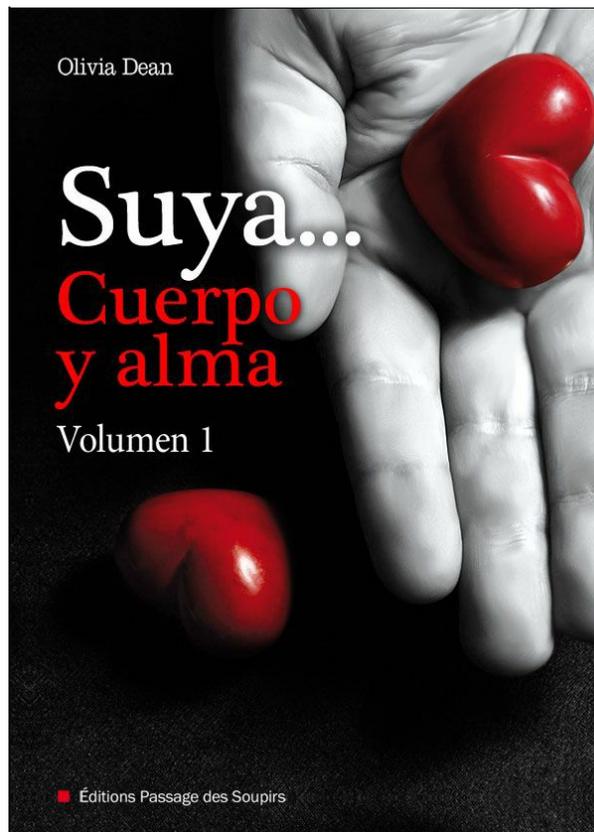
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Suya, cuerpo y alma - Volumen 1

"Suya, cuerpo y alma es sin duda la mejor novela erótica publicada desde Cincuenta sombras de Grey."

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El Kama Sutra en 200 posturas

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

